

## TÍA OFE.

“Un guiso con de todo”.

Mi abuela Justa una vez me dijo: - Si no se hubieran muerto mis padres, yo no me habría casado; pero estaba sola, no tuve más remedio.

Y, en efecto, se casó con mi abuelo, un hombre bastante mayor que ella.

Mi abuela no solo era muy joven, también era analfabeta, circunstancias que la hacían muy vulnerable, con toda seguridad.

En fin, su joven vida fue transcurriendo entre privaciones y partos, cada vez más frecuentes.

En el año 1927, ya con tres hijos rodeando su amplia falda, otra nueva vida pugnaba por llegar.

Comenzó a anunciarse el 30 de julio, día de su cumpleaños para, por fin, nacer el primero de agosto.

¡Una niña! -pensó- al ver aquella carita colorada; las niñas dan más trabajo. Efectivamente, una niña... y luego otra... y otra más. Después tres varones con lo cual completó nueve hijos, sin contar dos o tres que no pudieron sobrevivir.

A esta primera niña la llamaron Petrona Ofelia.

Ofelia, supo a muy temprana edad lo duro que podía ser el trabajo. Era la mayor de tres hermanas y las tareas más pesadas caían sobre sus espaldas.

No pudo sentirse niña, linda, ni mucho menos inteligente. La burla y el menosprecio eran moneda corriente para ella.

Siendo ya adolescente sintió una mañana, cómo un líquido tibio corría por sus piernas. Aturdida y asustada pudo comprobar que aquello era sangre. Pensó que iba a morir, pero, ¿a quién preguntar? Optando por una solución desesperada, prendió su pollera con alfileres a modo de chiripá. Luego, vistiendo otra falda por encima, salió del dormitorio como si nada hubiese pasado.

De este percance no le mencionó nada a mi abuela, tenía miedo de su reacción. Ella era una jovencita con rotundas formas de mujer y algunas señales había percibido. Los hombres se la quedaban mirando cuando pasaba. Sentía vergüenza. Casi siempre andaba con las zapatillas rotas y la ropa raída, demasiado estrecha para su cuerpo, pero en su mente ingenua no cabían otros pensamientos

Un día, venía del almacén, y un hombre saliendo del monte le ofreció un trabajo. Le daría unos vintenes si ella lo ayudaba a juntar leña. Salió corriendo a avisarle a mi abuela. Estaba muy contenta; pero su madre, sin decir palabra, le dio una cachetada. La chica no entendió nada y durante mucho tiempo deseó encontrar al hombre aquel para poder ganar ese dinero. Y no fue sino hasta muchos años después cuando, como en un flash, lo comprendió todo.

Pasó el tiempo, ella se enamoró, se casó, y cuando ya tenían dos hijos y una relativa estabilidad

económica, descubrió el engaño, vino el divorcio y otros problemas.

Su alma, ya herida desde pequeña, quedó marcada para siempre. Hubo de salir adelante, como pudo, con sus hijos.

Llegaron momentos difíciles, muchas veces el hambre y el frío se rifaron el privilegio de sus últimos pesos mientras tomaban la decisión: comer o calentarse.

Sin embargo, ella nunca perdía la sonrisa, su palabra afectuosa nos recibía en su casa, como si nada pasara. Tenía varias anécdotas de su vida y también poseía una habilidad especial: cada vez que alguien se presentaba a contarle un problema ella sacaba una de sus vivencias, adaptándola al consejo que el otro necesitaba recibir.

Entonces, sus cuentos eran como seres vivos en permanente mutación, bálsamo para las almas.

Ella fue el refugio seguro, principalmente en mi adolescencia, cuando tantas preguntas no se hacen o quedan sin respuesta. Quizá no tenía en realidad las respuestas, pero sí tenía el alivio en la forma de decir, en su mirada, en toda ella brindando esa infinita calidez.

Ofrecía lo que tenía (aunque fuera poco) a quien llegaba a su casa. Siempre con el mate dulce en la mano y la sonrisa en los labios.

Después, las cosas cambiaron, consiguió trabajo, pudo equilibrar su economía y entonces sí, supo ejercer esa generosidad casi sin límites.

Una persona increíble, sabía sentir genuino asombro frente a las pequeñas cosas de la vida. Era fácil de engañar porque no tenía pensamientos negativos hacia los demás. Pero, ¿quién desearía engañar a esta mujer tan querida por todos? Claro, casi nadie, aunque hubo excepciones.

Sus eternos ojos de niña supieron mirar como nadie el interior de los demás, captando al instante el padecimiento, y la solución.

Mi tía Ofe, gran cocinera, adoraba alimentar a los demás. Solía hacer un guiso enorme con el cual invitaba a la familia. Ella decía: ¡Hice un guiso con de todo!

Un guiso con de todo... Como su vida, con de todo, usando los ingredientes malos, buenos, regulares, para siempre crear la maravilla

Tía Ofelia, donde quiera que estés: ¡Salú!

ANCESTRAS Y TIMONERAS.